

ANTONIO NARIÑO, PRECURSOR DEL PERIODISMO POLÍTICO

José Jaramillo Alzate

*"Un pueblo hundido en la rutina y la pobreza,
ejerciendo la virtud de Lázaro en medio del oprobio,
del estrujamiento alcabalero,
del monopolio y de la recia ostentación
de la aristocracia favorecida,
era ya un motivo inquietante
en demanda de reflexión."*

Al buscar la referencia histórica de don Antonio Nariño, nuestro pensamiento se orienta primeramente hacia el revolucionario por excelencia, casi por devoción, consagrado por el apelativo de "precursor de la independencia", significando en cada caso su fervor por la libertad. Para nuestro propósito vale la presentación de otro aspecto, no omitido del todo por los historiadores que hacen énfasis en el revolucionario, pero a nuestro entender más fecundo y determinante en la vida del prócer: su espíritu periodístico en el modo y la manera de difundir sus ideas, su pensamiento y de convocar a la comunidad a la reflexión. Nariño fue esencialmente un periodista, actividad que alternó con la de guerrero y político.

Para la formación de ese espíritu periodístico Nariño tuvo la colaboración del ambiente familiar y de los fenómenos que marcaban ya signos decadentes de la erguida influencia monárquica en las colonias españolas. Su juventud discurre bajo los signos preocupantes que van surgiendo profusamente en la segunda mitad del siglo XVIII. Hay una atmósfera de silencios, de interpretación contraria a la tranquilidad que aparenta. La formación intelectual la adelanta Nariño en la biblioteca bien surtida de su padre, un caballero de rancia estirpe española, don Vicente Nariño, quien ocupaba una plaza de oficial en la tesorería del reino. Era la extensión de las enseñanzas literarias y jurídicas que recibía en el Colegio de San Bartolomé. Las obras francesas le dan otra dimensión a su pensamiento y le permiten estimular su prestigio social y político.

Hecho para un mundo intelectual, de una ambición de conocimiento excedida en su medio, fue a parar como recaudador de diezmos, cargo en el cual no tuvo suerte, pues salió sindicado como responsable de desfalcos. Este revés lo confirma en su gestación revolucionaria y comienza a convertirlo en el forjador del porvenir. Fue un episodio donde había más mezquindad que verdad, el cual lo endureció en la lucha. Y fue éste el acto de partida para la ubicación de su destino verdadero.

En el dominio de teorías filosóficas Nariño había logrado formarse un concepto ecuménico de la libertad y crearle ambiente en las tertulias que alimentaba con sus ideas. Buscando la información la daba él mismo a través de la comunicación directa. Juega en sus propósitos la urgencia de utilizar los medios de divulgación, lo que lo conduce a adquirir una imprenta que la pone en manos de un conocido impresor, don Antonio Espinosa. Se traduce allí el afán de llevar sus conocimientos al público y promover alrededor de ellos la marcha hacia la libertad. Es el comienzo real de su vida periodística plena. Tenía la materia prima, es decir, las ideas, y ahora ha conseguido el medio para ponerlas en circulación.

De un ejemplar de la *Historia de la Asamblea Constituyente Francesa*, de Salart de Montjois, toma el decálogo de los Derechos del Hombre, traduce el texto y ordena su impresión. De la pequeña imprenta de Espinosa salen cien copias que toman el camino de las esquinas para que los habitantes de la Sabana detengan sus ojos en su contenido. Nariño vuelve sobre sus pasos y retira los textos a instancias de sus amigos que dicen no querer verlo en líos con la autoridad virreinal. Pero dos de aquellos ejemplares van de mano en mano y el mensaje cunde entre la gente. Antes y con la misma paternidad habían aparecido en la plaza principal de Santafé carteles injuriosos contra los funcionarios peninsulares. Era en ese momento un estilo y un recurso para transmitir opinión y provocar reacción pública. Esta agitación periodística puso en guardia la administración, obligó el regreso del virrey Ezpeleta, quien se encontraba ausente y originó tres procesos: uno por la traducción de los Derechos del Hombre, otro por sedición y el tercero por la edición y fijación de "pasquines". Nariño es remitido a Cádiz en 1795, pero escapa y viaja a Francia e Inglaterra con nombre supuesto. Escribe cartas, crónicas y hace relaciones demandando colaboración para la independencia de su país. En todas ellas, dice el historiador Vergara y Vergara, aleteaba el espíritu informativo.

Era tan acendrado y fino su espíritu periodístico que al regresar a Santafé, en 1797, se remite a su "diario de navegación", donde aparte de las anotaciones de su penoso itinerario al viejo continente consigna referencias de hálito revolucionario de las colonias americanas del norte y a la quiebra ideológica de una mo-

narquía decadente que sufría los efectos de la declaración de la Asamblea Francesa. El historiador Jorge Ricardo Vejarano, exalta su redacción cuidadosa y señala cómo sus escritos estaban proyectados sobre un inmediato devenir. Al ser arrestado nuevamente y remitido a la fortaleza de Bocachica, logra evadir a su guardián a quien deja una nota que hace igualmente noticia. Dice en la nota:

Muy señor mío, la imperiosa ley de la necesidad me obliga a dar un paso contrario a mis sentimientos. La compañía de los ángeles es muy buena para ir al cielo, pero no a un castillo a ser cargado de cadenas y de grillos. Esta razón me impele a separarme de su muy buena compañía. Servidor, Antonio Nariño.

En 1811 Nariño organiza su propio órgano periodístico, *La Bagatela*. Es un medio de expresión eminentemente política que se acomoda a sus disciplinas, a su pensamiento, a su carácter y a su manera de ser. Es la prensa de oposición en un clima de conflictos sociales y económicos dentro de la transformación política que los sucesos del 20 de julio de 1810 van imponiendo. Se impulsan desde sus páginas los cambios políticos, buscando la constante de una consciencia histórica sobre los valores permanentes de la tradición. El primer ejemplar circula el 14 de julio de 1811 con grandes acentos críticos. Es, en concepto de historiadores, una publicación que imprime carácter, dinámica y movimiento al periodismo, hasta entonces sumiso y aletargado. Se da campo a la controversia y se traslucen problemas nacionales ignorados antes por la obsecuencia conformista.

Entendía Nariño que este oficio del periodista no sólo se contrae al registro del hecho producido, cronológica y geográficamente fijado en el discurso de la vida, sino a la interpretación de los efectos que ese hecho mismo puede producir en una comunidad o entre el pueblo en general. Por eso, cuando proclama el desconocimiento de Fernando VII, escribe en un estilo cortante: "... querer ser libres dependiendo de otro gobierno, es una contradicción; con que, o decretar de una vez nuestra independencia, o declarar que hemos nacido para ser eternamente esclavos". Y en la misma forma concluyente dice, refiriéndose a la transformación política iniciada el 20 de julio: "... nuestra revolución no sólo fue necesaria, fue justa, justísima; pero la justicia de la causa no prueba que las cosas vayan justamente". Es un lenguaje periodístico que contiene la imagen vigorosa de una idea. Es lo que pudiéramos llamar el tránsito por la filosofía de la noticia, estructurando en la causa los efectos de ella misma. Se trata de ventilar los problemas públicos a la luz de las mayores conveniencias para el país y en la forma que mejor disponga el bienestar común, de acuerdo con las doctrinas y las políticas del desarrollo. Nariño no se detiene en el cuento lugareño ni en el rumor dañino que va de una a otra esquina en pos de su víctima propicia. No. Es hiriente, satírico, casi panfletario. Trata el fenómeno y orienta sus repercusiones.

Ejerce la crítica demoledora, pero sin perder el sentido ni abandonar el objetivo propuesto.

No solamente trataba la noticia. Era editorialista y comentarista. Llenaba espacios con epístolas y creaba secciones, hacía de armador y distribuía su propio periódico. En el cambio político tenía siempre la tendencia del cambio. Defendió el centralismo para unir las provincias del Nuevo Reino, pero también los Estados que integraban la Gran Colombia. No había allí cambio moral ni pugna mental, solo cambio de objetivos. Su temperamento se impone como orientador de la opinión. Con el primer ejemplar de su periódico había puesto a tambalear un edificio levantado sobre la generosidad de un pueblo que presentía acercarse al momento de desconocidos sacrificios.

Cuando organizó su segundo periódico, *Los Toros de Fucha*, solo para defenderse de las críticas que Santander le había formulado a su gobierno desde *El Patriota*, otro periódico, puso en su primer ejemplar este epígrafe: "El hombre es libre para tener el miedo que le diere la gana". Y en el clímax de la polémica, escribía: "Ahora bien, ya está el toro en la plaza: que salgan los toreadores, que salgan cuantos quieran combatir mis opiniones, pero sin máscara y a cuerpo descubierto..." Antes, cuando combatió y tumbó el gobierno de Jorge Tadeo Lozano, escribió:

Yo he comparado varias veces, a mis solas, estos tiempos de revolución a un baile de máscaras: unos vestidos de filósofos, otros de militares; éstos con la capa de la virtud, aquellos con el traje del patriotismo. La revolución les quita la máscara y vemos todo lo contrario de lo que parecía... todos los días oirás hablar de intrigas, de divisiones, de partidos, de desvergüenzas y apenas oímos una voz mediana de virtud y patriotismo...

Casi igual que hoy. Todo acusa, pues, en Nariño, una acción precursora del periodismo político, sobre todo en sus conceptos concluyentes

... nada hemos adelantado... las mismas leyes, el mismo gobierno con apariencias de libertad, los mismos vicios, los mismos títulos, dignidades, preeminencias y quijotismo en los que mandan. En una palabra, conquistamos nuestra libertad para volver a ser lo que antes éramos.